



Brújula
Volume 16 • 2023

Enfoques

*Puentes distópicos del Caribe al Río de la Plata:
Rita Indiana Hernández y Fernanda Trías*

María de los Ángeles Romero Rostagno*
Universidad de la República de Montevideo

La literatura es una forma privada de la utopía

Ricardo Piglia

Reflexionar sobre los procesos ambientales que atravesamos en el presente nos ubica en una situación compleja desafiante dentro del concierto de los estudios humanísticos. Sabemos que no es posible desde la mera intelectualidad revertir la situación de la crisis planetaria. Aunque sea insuficiente, se hace necesario abordarla desde el lugar que nos confiere el arte –en este caso la literatura– como un aporte más, un llamado a la reflexión sobre nuestra realidad que no por ser especulativa deja de ser inquietante, teniendo en cuenta que hemos experimentado

* © María de los Ángeles Romero Rostagno 2023. Used with permission.

y estamos experimentando a diario fenómenos en distintos puntos del planeta, que dan cuenta de la creciente gravedad de nuestra circunstancia actual.

Lejos quedó en la historia de la humanidad el proyecto optimista y racional del progreso. El futuro apocalíptico del fin de los tiempos, tan antiguo como temido, es hoy. Nos enfrentamos a la paradójica situación cronotópica de racionalizar el presente en una proyección que ha dejado de ser futuro para convertirse en algo cotidiano que aparenta ser irreversible, y esta situación nos distancia cada vez más de aquella panacea iluminista. “Nos creíamos destinados al vasto océano sideral y henos aquí de vuelta rechazados en el puerto del que partimos...” (26) afirman Danowski y Viveiros de Castro a propósito del tema que nos ocupa.

La soberbia, la ceguera o ignorancia y los intereses particulares de unos pocos han hipotecado la vida del planeta a lo largo de los siglos. Toda la especie humana está siendo interpelada por las causas antrópicas que propiciaron y propician la crisis ambiental, y aunque no es reciente, actualmente se ha hecho visible en parte gracias a los medios de comunicación y la tecnología, al igual que la difusión proveniente del medio académico.

En este artículo se pretende presentar, mediante un breve ejercicio de literatura comparada, la preocupación latente en la obra de dos escritoras pertenecientes a diferentes ámbitos geográficos y culturales de América Latina a propósito de las preocupaciones medioambientales que sus novelas ficcionalizan. Me refiero a Rita Indiana Hernández de República Dominicana y a Fernanda Trías de Uruguay. Las novelas elegidas son *La mucama de Omicunlé* de Hernández publicada en 2015 y *Mugre rosa* de Trías del 2019. Las diferencias geográficas que separan la realidad de ambas escritoras no invalida que tengan una motivación común: el impacto que la progresiva destrucción de los recursos naturales ejerce sobre la vida en todas sus dimensiones.

Las obras elegidas y puestas en diálogo evidencian una preocupación ecológica centrada en las catástrofes naturales que coinciden y/o evidencian crisis

personales y conflictos íntimos, la estigmatización de grupos relegados socialmente, la afectación de los cuerpos y las subjetividades en connivencia con las catástrofes ambientales.

El conflicto que abre ambas historias gira en torno a una epidemia y desastre ecológico iniciado en el medio acuático. Este elemento (fundamental para el desarrollo de la vida con toda la carga simbólica que el agua posee a lo largo de la tradición literaria y también religiosa) se transforma en un desconcertante *locus* ficcional.

Breve acercamiento a la ecocrítica

En la década de los noventa en Estados Unidos, una disciplina emergía tanto en el horizonte de los estudios humanísticos como en los científicos: la ecocrítica. Según la investigadora Gisela Heffes, la definición con más consenso en este campo disciplinar corresponde a la expuesta en 1996 por Cheryl Glotfelty en el campo académico norteamericano e inglés. La misma consiste en “una propuesta centrada en la tierra y desde la cual se estudian, analizan y exploran los estudios literarios y culturales” (28).

Los estudios ecocríticos plantean la urgente necesidad de la conciencia ambiental en todos los campos disciplinares. El entramado que une el espacio físico con la vida en todas sus formas es la clave para procurar la existencia de un futuro sostenible para la humanidad, que a todas luces parece ya irreversible. Este campo de estudio profundiza en este vínculo determinante para la construcción de la identidad del individuo, al tiempo que advierte la relevancia de las acciones humanas en la preservación del espacio físico que es, en definitiva, fundamental para su propia existencia.

En el intento de aportar nuevos enfoques sobre el tema, Heffes advierte sobre los problemas medioambientales que aquejan a América Latina insertos en las desigualdades sociales que los amplifican. En el caso de América Latina, es aún más imperativo considerar los espacios de segregación y autosegregación que

entretujan, principalmente, un fenómeno medioambiental complejo, atravesado por una retórica de los desechos y caracterizado por las contradicciones constantes de una cultura global, donde la maquinaria productora de consumo y desechos permea la frágil condición de los que quedaron al margen (73).

La ecocrítica, según Heffes, pretende acoplarse a la dinámica de los cambios que ya poseen larga data; demanda una nueva mirada sobre lo literario en consonancia con nuestro tiempo mediante una literatura que sea capaz “de dar sentido al lugar humano en el que está inserta y se inscribe” (30).¹

Las representaciones literarias como *La mucama de Omicunlé* y *Mugre rosa* rescatan de un modo simbólico el cuestionamiento de los modos de interacción entre el ser humano y el lugar que habita. La pandemia y el aislamiento dejaron al descubierto una manera diferente de experimentar el tiempo y el espacio a la vez que expusieron la incertidumbre de la existencia del futuro.

La distopía apocalíptica del Caribe en *La mucama de Omicunlé* de Rita Indiana Hernández

Rita Indiana Hernández (1977) oriunda de Santo Domingo, vivió durante muchos años en Puerto Rico y actualmente reside en Nueva York. Es escritora, compositora y cantante de trayectoria reconocida en el medio artístico caribeño y estadounidense. Sus temas, tanto en canciones como en novelas, se centran en lo apocalíptico de nuestro tiempo en relación al cambio climático. Actualmente forma parte del cuerpo docente de escritura creativa en español de la Universidad de Nueva York. Ha escrito cuentos y novelas; entre estas últimas, se destacan *La estrategia de Chochueca* (2000), *Papi* (2005), *Nombres y animales* (2013), *La mucama de Omicunlé* (2015) y *Hecho en Saturno* (2018).

¹ En su exhaustiva investigación sobre la ecocrítica en América Latina, Gisella Heffes recorre diferentes autores y textos que van intentando arribar a una definición y categorización de la ecocrítica. Esta cita es tomada por la investigadora de *Practical Ecocriticism* (2003), Glen Love, quien propone al escritor Arnold Toynbee como pionero de los temas ecologistas en su *Mankind and Mother Earth* (1976), obra que especula con el futuro de la humanidad, si la biosfera volviera al planeta un lugar inhabitable.

El conflicto en *La mucama de Omicunlé*, gira en torno a una epidemia y desastre ecológico iniciado en el medio acuático. Las referencias explícitas al Caribe y a las playas dominicanas de Sosúa y Bo, junto al espacio urbano de Santo Domingo sirven de marco de fondo al desarrollo de la historia.

Un evento catastrófico de inusitadas dimensiones abre sin preámbulos la novela y solo algunas alusiones tangenciales dan cuenta de un maremoto, de la contaminación del Caribe, de la extensión de una epidemia y de una crisis social y ambiental inaudita. Desde el inicio, el conflicto ya está presente omitiéndose las causas del advenimiento de tal situación abriendo así la historia a un inquietante vacío informativo para el que tampoco existen cuestionamientos que permitan racionalizar o explicar lo ocurrido. La gravedad de la situación condiciona radicalmente el desarrollo de la vida cotidiana.

Contrariamente a esta ausencia informativa, el desastre es mencionado al inicio de la historia con una fecha precisa: un 19 de marzo del 2024. Solo hay alusiones de lo sucedido, esporádicas y sin descripciones: un maremoto, la contaminación del mar Caribe, una epidemia, una inusitada crisis social. Pero la circunstancia misma no queda explicitada, los vacíos informativos aumentan el desconcierto y dejan espacios para la especulación.

En el entorno de destrucción instalado, el mundo representado es un residuo nauseabundo, producto de la catástrofe ambiental acaecida bajo el corrupto gobierno dictatorial de Said Bona, quien es capaz de decidir cuáles son las vidas que deben ser protegidas y cuáles deben ser aniquiladas en pro del bienestar de un sector de la población: el más privilegiado.

La destrucción del área costera transforma el tradicional colorido paisaje de las ciudades caribeñas, que ya lejos de la utopía paradisiaca que suele acompañarlo en el imaginario cultural, se ha transformado en un espacio ruinoso que afecta a todo el ecosistema. Algunas zonas han sucumbido bajo el mar que dejó a su paso destrucción y despojos al mismo tiempo. Los derrames tóxicos producidos por una política irresponsable y depredadora, que sucesivos gobiernos

han impulsado en la región, afectó en pocos días los recursos naturales, la flora y fauna que progresivamente se encuentra en extinción.

En los vaivenes temporales que transita la historia, se develan los intereses políticos del presidente Bona y su temor a la pérdida del poder:

Pero ahora Said Bona estaba en aprietos. Tras aceptar almacenar armas biológicas venezolanas en Ocoa, el maremoto del 2024 había arrasado con la base que las albergaba y dispersado su contenido en el mar Caribe. Desaparecieron especies completas en cuestión de semanas. La crisis ambiental se extendió hasta el Atlántico. Mientras su gestión perdía puntos, Said se esmeraba en culpar a los Estados Unidos y la Unión Europea de haber fabricado el tsunami con el fin de desestabilizar la región (Hernández 68).

Como consecuencia de ello, el medio ambiente trasmite la epidemia a los habitantes del lugar; todo el ciclo biológico se ve afectado y es víctima de un mar appestoso y maloliente. Seres humanos y naturaleza comparten los efectos predatorios causados por políticas perversas de explotación.

El inicio de la novela deja en claro el estado de contaminación del ámbito caribeño

Los chicorros de fritura que el maremoto del 2024 había borrado del Malecón reaparecieron en el Parque Mirador como moscas tras un manotazo. Este nuevo malecón, con su playa contaminada de cadáveres irrecuperables y chatarra sumergida, parecía un oasis comparado con algunos barrios de la parte alta, donde los recolectores atacaban no solo a sus blancos usuales, sino también a indigentes, enfermos mentales y prostitutas (Hernández 15).

En este mundo distorsionado por la contaminación, los seres humanos padecen de distintas maneras la existencia convulsionada. Hay grupos sociales estigmatizados y violentados que claramente refieren a una desigualdad xenófoba

y racista exasperante. Seres humanos excluidos y excluyentes habitan espacios que delimitan su radio de acción: el adentro y el afuera dejan claro que hay una comunidad normativizada y/o inmunizada, coincidente con los integrantes de las clases dominantes y con el poder de turno, que debe ser protegida del resto, de los infectados por el virus. Estos últimos están definidos por sus rasgos étnicos y orientación sexual discordante con los paradigmas heteronormativos de la clase poderosa y sufren claramente el estigma de la persecución.

Asimismo, los grupos sociales que conforman el complejo entramado de los personajes secundarios muestran la radical separación entre quienes viven en los márgenes de la sociedad en el más amplio de los sentidos, y los que pertenecen a grupos culturalmente superiores o que tienen contactos con el poder. El lugar que estos últimos poseen en la sociedad es de exclusivo privilegio, protegidos en su asepsia y aislamiento de la mortífera contaminación letal. No sucede lo mismo con el destino que los migrantes, los nativos y los excluidos sociales de todo tipo están condenados a tener. Contrariamente a lo que pueda pensarse, los grupos oriundos del Caribe carecen de inclusión en la sociedad, que no brinda a ninguno de ellos posibilidades de superación; particularmente, los inmigrantes haitianos son objeto de desprecio por sus vecinos costeros.

Para la investigadora Gisela Heffes, se ha vuelto un tópico recurrente en las narrativas textuales y visuales contemporáneas la temática de los residuos de la vida moderna actual como “efectos colaterales” de la producción y el consumo de la modernidad. Estas representaciones evocan no solamente “el tropo de la destrucción medioambiental sino también, el de una devastación que se expande e incorpora a los propios individuos” (82). Los sujetos representados en estas producciones encarnan la identificación que conlleva en su esencia concebir lo humano como objeto descartable. La cualidad residual lo degrada en su de objeto prescindible. Para Heffes, esto es tal vez, “la instancia más degrada de la modernidad”, que integra lo humano al gran “vertedero de basura” en que los seres humanos hemos transformado el planeta que habitamos (83).

Estas consideraciones de la investigadora argentina están en sintonía con la condición de objetos descartables que poseen los inmigrantes y las disidencias en esta novela. Asistimos desde el inicio a la naturalización del exterminio cotidiano de los emigrantes haitianos ante la sola posibilidad de que sean portadores de un virus letal.

Al reconocer el virus en el negro, el dispositivo de seguridad de la torre lanza un chorro de gas letal e informa a su vez al resto de los vecinos, que evitarán la entrada al edificio hasta que los recolectores automáticos, que patrullan calles y avenidas, recojan el cuerpo y lo desintegren (Hernández 7).

Del mismo modo, se advierte la estigmatización de quienes rompen con los estereotipos paradigmáticos de la sexualidad. La no aceptación de las diferencias, por determinados grupos sociales y etarios que implementan el uso de la violencia para someter a los disidentes, son una constante en este mundo distópico, violento y aniquilador, del que una de las protagonistas de la novela, Acilde Figueroa, no es ajena

Le daban golpes por gusto, por marimacho, por querer jugar pelota, por llorar, por no llorar [...] Los viejos aborrecían sus aires masculinos. El abuelo César buscó una cura para la enfermedad de su nieta, y le trajo un vecinito para que la arreglara mientras él y la abuela la inmovilizaban y una tía le tapaba la boca. Esa noche Acilde se fue de la casa (Hernández 19).

El complejo entramado de realidades y tiempos míticos

Las protagonistas Acilde y Argenis, cuyas existencias fluctúan en los diferentes planos temporales de la novela asumiendo distintas identidades en cada una, son víctimas de las consecuencias del envenenamiento por el contacto con una anémona, especie de corales afectados por la contaminación que los científicos del

siglo XXI buscan preservar, para evitar el futuro catastrófico que se avecina ante la posibilidad de su extinción.

La anémona reviste un carácter sagrado y misterioso en el relato. La celosa preservación de un ejemplar de la especie casi extinta en la residencia de una famosa santera causará todo tipo de enfrentamientos por la posesión del preciado bien. Tanto Acilde como Argenis sufrirán transformaciones que propiciarán el conocimiento de las realidades caribeñas en diferentes tiempos, con la esperanza de transformar el apocalíptico destino del mar Caribe.

Acilde Figueroa, mucama de Esther Escudero (conocida en su mundo religioso como Omicunlé) y reconocida santera cercana al presidente Said Bona, encarna la crisis humana ligada a la ecológica en su historia personal de abandono y sistemática violencia. Su cuerpo, vejado hasta por los integrantes de su familia, desde siempre acostumbrado a ser objeto de uso y descarte, facilita la capacidad de sacrificar su ser material en pro del cumplimiento de una utópica predicción mesiánica que la postula como redentora de la humanidad, al amparo de los ritos yorubas que cumplirían también el sueño personal de cambio de género.

Omicunlé, servidora de la divinidad Yemanjá, otorga a la joven Acilde una misión: proteger las aguas y sus habitantes de la contaminación. A cambio recibirá la anhelada trasmutación de género cuya dimensión mítica la convertirá en el poderoso Omo Olokún, dios andrógino de origen afroantillano, protector de las profundidades marinas.

Acilde experimentará múltiples mutaciones en su cuerpo, igual que Argenis. Las sucesivas transformaciones propiciarán el tránsito por distintos tiempos y personalidades con el fin de cumplir la profecía cuyo objetivo era detener el desastre ecológico. Como afirma Melania Estévez refiriéndose a la novela de Hernández “La catástrofe se somatiza, invade cada fibra y cada célula, se esparce por el torrente sanguíneo y toma todo el cuerpo” (93). La insólita mutación de la protagonista desemboca en un fenómeno inclasificable que altera lo estatuido y los ordenamientos biopolíticos de la sociedad, inaugurando nuevas

formas de percibir y sentir “radicalmente desviadas de lo predecible o esperable en el mismo espacio-tiempo del fin” (93).

En novela de Hernández hay una constante ruptura cronológica: se distorsiona el entretejido temporal al ramificarse en diferentes pasados, presentes y futuros. La anulación del tiempo resultante de esta distorsión borra los límites de los acontecimientos siendo imposible precisar el orden que dio origen a los acontecimientos que se ramifican en el pasado para explicar los hechos del presente.

Es posible entender el desgarró cronológico de la trama en alianza con los mitos y creencias religiosas yorubas presentes en el argumento. El desastre ambiental vehiculizado en la ruptura temporal propicia la concepción del tiempo, no como una linealidad de sucesos sino en un círculo en el que es imposible delimitar comienzos y fines.

El ayer y el hoy se funden en una mítica circularidad: por un lado, existe preocupación en algunos personajes representantes del mundo científico –como los son la joven científica Linda y su profesor James Kelly, quienes desde la Universidad (UCLA) sostienen un proyecto ambientalista de preservación ecológica en las aguas del contaminado Caribe y su damnificada vida marina–; por el otro, las creencias religiosas provenientes de los ritos yorubas de origen afroantillano, encarnadas en una profecía que se repite a lo largo de la historia, auguraba el advenimiento de una mujer elegida para proteger y salvar al país de una catástrofe.

Este mito latente desde el inicio de la novela desmonta la temporalidad resignificando la ruptura cronológica. La profecía funciona como articuladora de la estructura narrativa enlazando los tiempos. El optimismo mesiánico que la fundamenta augura la salvación del mar y de la humanidad en manos de una mujer, pero finalmente el oráculo no se cumple por indecisión y temor de quien tiene en sus manos la oportunidad de revertir los hechos.

Sintió miedo. Un flash de discoteca hacía que todo se moviera en cámara lenta. Aquí estaba el responsable del estado deplorable en que el mar estaría en unas décadas. Aquí estaba la razón de su iniciación. *Tanto bulto para esto*. Repentina y aplastante, tenía enfrente la verdadera meta de su misión: darle un mensaje a Said Bona, evitar que cuando fuera presidente, aceptara esas armas biológicas de Venezuela. Decirle que en el futuro cuando fuera presidente, las rechazara: convencerlo. De inmediato llegó a otra conclusión: si Said Bona se llevaba del consejo y tras el tsunami los químicos letales no se derramaban, ¿lo hubiese buscado Esther Escudero? (Hernández 177).

Las dudas y los cálculos de las conveniencias de cambiar el destino disuaden a Acilde quien despide a Said Bona sin decir nada. El sacrificio de salvar a la humanidad, supondría la renuncia de los beneficios que personalmente ha alcanzado y no está dispuesta a realizarlo. Tampoco los experimentos científicos pueden detener el avance de la catástrofe; por tanto, todas las expectativas, tanto científicas como religiosas, quedan frustradas. No parece haber esperanza de redención para los mares y los seres que habitan un espacio irreversiblemente destruido.

La escritora deja claro que el individualismo, los intereses personales y la falta de solidaridad entre los seres impiden, dentro de los paradigmas presentes en la humanidad actual, realizar cambios que pueden subvertir el estado de las cosas. Pese a ello, el dramatismo no es la característica de Hernández: el humor permea toda la novela que plantea una lectura de la realidad actual augurando una aniquilación del mundo, largamente diezmado por intereses cortoplacistas.

Una ciudad fantasmal que agoniza: *Mugre rosa* de Fernanda Trías

Fernanda Trías (1976), nacida en Uruguay, es escritora, traductora y Máster en Escritura creativa por la Universidad de Nueva York. Autora de novelas y cuentos que han sido publicados en varios países de América y Europa, la novela que hoy nos ocupa, *Mugre Rosa*, fue publicada en 2019 y galardonada por partida doble en

el año 2021 con el Premio Sor Juana Inés de la Cruz y el Premio Bartolomé Hidalgo. Su vida ha transcurrido en varias ciudades latinoamericanas y europeas, y actualmente vive en Bogotá. Esta novela que, ya ha sido traducida a más de seis idiomas, continúa siendo editada en el continente europeo con masivo éxito editorial. A ella le preceden, *La azotea* (2001, Premio Nacional de narrativa MEC), *Cuaderno para un solo ojo* (2002), *El regreso* (2012), *La ciudad invencible* (2014) y *No soñarás flores* (2016).

Mugre rosa, publicada por primera vez en Uruguay en el 2020, expone, en un vaivén temporal de vivencias y recuerdos, la intimidad de una mujer que intenta sobrevivir a sus propias inseguridades y vínculos inarmónicos en un mundo caótico, sombrío y amenazante. Es una novela de búsquedas, encuentros y pérdidas que nunca logran romper el círculo cotidiano y obsesivo del deber ser femenino, la culpa y la nostalgia de un tiempo que en todo momento es el refugio de una errática y obsesiva ideación, en la voz protagónica de una joven mujer.

La preocupación ecológica está latente en toda la novela; la catástrofe natural coincide y evidencia una profunda crisis personal de la protagonista cuya soledad se ve agudizada en el marco apocalíptico que la rodea. Los conflictos íntimos se enlazan con el desorden de la naturaleza en la afectación de los cuerpos y las subjetividades. El estigma social que padecen quienes se han contagiado de un inexplicable mal que se inicia en el mar y se difumina con el viento, radicaliza la lucha individual por la supervivencia en este mundo asolado por una inexplicable catástrofe ambiental.

La novela rescata de un modo simbólico los modos de interacción entre el ser humano y el lugar que habita. La decadencia humana enlaza el conflicto de los cuerpos con el espacio que los contiene, lo que favorece una relación simbiótica con el medio ambiente y la única opción posible para sobrevivir parece ser la huida tanto del lugar como de los afectos y de las historias particulares. Todas las dimensiones del término huir son válidas dentro de la novela. Ella se convierte en la aspiración general de los sombríos personajes de esta ciudad que va quedando

desierta. Poco a poco van desapareciendo los seres que la habitan para ceder paso a casas abandonadas, supermercados y calles vacías. Hasta la fábrica de alimentos ultra procesados es presa de un voraz incendio. Nada resiste, todo el mundo representado va perdiendo su precaria solidez.

El Clínicas, habitáculo de muerte y enfermedad donde quedan relegados todos los que contrajeron el extraño mal, persiste allí y contiene a los que no pueden escapar, testigo del destino feroz que los persigue junto a las desarticuladas consignas del poder en torno al cuidado y el encierro. En este entorno, el alimento escasea y, con él, la desesperación. Gran parte de la novela gira en torno a la búsqueda del sustento y este se torna cada vez más frugal. Paradójicamente, una gran fábrica de alimentos procesados en base a carne de aves florece en el lugar. La fábrica de producción a gran escala, Carnemás, se convierte en el centro de atención de las noticias y tangencialmente se vincula a la infancia de la protagonista y sus evocaciones más sentidas.

Un niño con una extraña enfermedad, su expareja y su madre componen la triangulación de los afectos cercanos de la protagonista. Estos vínculos, inestables y enfermizos, pugnan alternadamente en el debate íntimo que cotidianamente la afecta.

El lugar geográfico reconocible en su difuminada mimesis emula la rambla rioplatense. La protagonista deambula permanentemente, cuando no hay alerta de reclusión, por una ciudad casi fantasmal. Sus antiguos barrios, en otro tiempo habitados y habitables, y cuyos nombres recuerdan con un leve guiño de complicidad los nombres de barrios montevideanos, son el marco de acción por el que transita. El devenir temporal induce a la joven protagonista a reflexionar constantemente sobre la cronología de los hechos que dieron lugar a la contaminación del mar, la llegada de las algas y el viento rojo que azota la ciudad costera llevando a sus habitantes a una reclusión increíblemente profética. Las playas contaminadas y vacías, los peces enredados en una marea llena de algas

sanguinolentas, el aire nauseabundo, el viento rojo son el marco distópico que acompaña su drama íntimo.

El aislamiento es la única forma de evitar el contagio. El encierro obligado instala un estado primitivo de alerta y miedo en defensa de la propia vida que al mismo tiempo es reprimida en su acontecer natural: “No me resulta fácil describir el tiempo del encierro [...] Existíamos en una espera que tampoco era la espera de nada concreto” (Trías 103), expresa la voz protagónica mientras intenta poner en orden sus ideas en medio del caos cotidiano.

Las autoridades trasmiten de continuo por los canales de televisión el estado de alerta, establece los cuidados necesarios para evitar el contagio, impone las reglas de comportamiento y el ordenamiento necesario de la población para cuidar la vida por encima de todo: “Durante el viento rojo, los camiones blindados de la policía patrullaban la ciudad. Su tarea consistía en recatar a los audaces e impedir que los locos saltaran al agua” (Trías 47). La actividad estatal se resume en la represión continua de los disidentes difundiendo el temor al tiempo que declaran las virtudes y preocupación por el bienestar de los ciudadanos.

Yo vi al presidente en cadena nacional anunciando la evacuación de los barrios costeros. Ante todo, calma, dijo, el Ministerio de Salud está trabajando. Pero la gente ya no lo escuchaba.[...] Y cuando la cadena nacional se terminó y empezó a sonar el himno, la gente estaba cargando los autos, tapiando ventanas [...] abrochando el cinturón de seguridad de sus bebés...(Trías 205).

Naturaleza indomable y ser humano doblegado son la ecuación que rige la tónica general del relato. Poco a poco, asistimos al vaciamiento de la ciudad, que se va transformando en un espacio fantasmagórico y donde los vínculos humanos, signados por el miedo al contagio, impiden el desarrollo de las relaciones habituales de sus habitantes.

El desconcierto reinante por la irrupción de un enemigo invisible que acecha desde el misterio de lo inexplicable y del que no se conoce su origen ni alcance a futuro, no es sino un reflejo casi profético de lo que fue una vivencia globalizada en los tiempos pandémicos: “Eso será la ciudad, un fuego fatuo en el horizonte” (276). De este modo, se cierra la novela negando toda posibilidad de que exista un futuro mejor, o insertando la posibilidad de que ni siquiera exista.

Narrativas que dialogan: a modo de conclusión

Como hemos visto, ambos inicios parten de una catástrofe instalada y omiten explicaciones que abren aún más la incertidumbre. No hay nada que permita racionalizar o explicar lo ocurrido. La gravedad de la situación condiciona radicalmente el desarrollo de la vida cotidiana y es el eje de conexión entre los acontecimientos instalados y los que sobrevendrán.

La filósofa Danowski y el antropólogo Viveiros de Castro usan el término “realismo especulativo” (31) para calificar las narrativas que tematizan una realidad objetiva. Según estos investigadores, la proximidad a lo empírico o probablemente empírico de estas narraciones las acerca más a la realidad que a lo simbólico y propician, en el juego de la especulación, un sentimiento de abrumadora ominosidad porque la verosimilitud del relato así lo condiciona. Constituyen “intentos de invención de una mitología adecuada para el presente” (30) que colabora en la comprensión del presente, dado que “Vivimos en el tiempo de los puntos catastróficos y reversión de las curvas” (41) que inestabilizan la percepción del tiempo y el entorno.

En los casos que nos ocupan, los datos omitidos y la ausencia de cuestionamientos evidencian una crisis en los modos de representación del mundo y de los seres que lo habitan. Estas novelas presentan, de diferentes modos, una misma certeza: la incompatibilidad de la existencia de vida en un planeta largamente asediado por los habitantes humanos, un proceso vertiginoso que ya parece imposible de desacelerar.

Asimismo, los grupos sociales que conforman el entramado de los anodinos personajes secundarios, en ambas novelas, evidencian una radical separación entre quienes viven en lo que se da en llamar el “adentro”, un lugar físico protegido del mortífero virus que parece reservado para los que gozan de cierto privilegio social.

Los cuerpos estigmatizados son una constante: por la xenofobia y la trasgresión sexual en *La mucama de Omicunlé*; por el propio abandono, la desnutrición y la falta de alimentos a consecuencia de la epidemia en *Mugre rosa*. En ambos casos se hace evidente la desprotección de la vida humana en contextos epidémicos, lo que cuestiona la relativa preocupación de las autoridades gubernamentales y evidencia la inequidad social que forma parte del desbalance existente en un mundo dislocado.

Presento una última línea paralela que hermana estas producciones narrativas: la constante ruptura cronológica. El desastre ambiental en ambas historias, más allá de la circularidad de los tiempos y la imposibilidad de reconstruirlos linealmente con certeza, repercute y se somatiza en los cuerpos. En *La mucama de Omicunlé*, la distorsión del entretejido temporal entre diferentes presentes y futuros anula la temporalidad al borrar los límites que instalen el devenir de los acontecimientos, lo que hace imposible precisar comienzos y fines. Todo queda sumido en una desgarrada cronología que se conecta con las creencias religiosas yorubas de origen afroantillano, presentes en el desarrollo de la novela y definidoras de su trama, y que nos retrotraen a la circularidad de los mitos de origen religioso.

El inicio de los comienzos del fin, también se desdibujan en el imaginario colectivo de *Mugre rosa* de Trías

El comienzo nunca es el comienzo. Lo que confundimos con el comienzo es solo el momento en que entendemos que las cosas han cambiado. Un día aparecieron los peces; ese fue un comienzo. Las playas amanecieron cubiertas de peces plateados,

como una alfombra hecha de tapitas de botellas o de fragmentos de vidrio. Brillaba, con destellos que herían los ojos.[...] Eso otro que habría de comenzar aún no había empezado” (Trías 45).

Ante la ausencia de explicaciones para la magnitud de lo ocurrido, tampoco hay nominaciones ciertas para lo desconocido cuyo efecto es arrasador: “eso otro” es el término usado por la narradora para referirse a la catástrofe que sobrevendrá. Los tiempos se confunden en la memoria entretejiendo circunstancias climáticas e imágenes recurrentes junto a las que provienen de los devenires personales. ¿Cuándo es el inicio de algo? ¿Es posible precisarlo con certeza? ¿es que solo al finalizar una vivencia desestabilizadora recién es posible recapacitar e intentar dilucidar sus comienzos? ¿Es que ya no hay salida posible?

Estas interrogantes siempre están presentes explícita o implícitamente en el pensamiento de la protagonista. La desazón frente al vértigo de los cambios, y la sacudida interior que ellos producen y que potencian las capacidades de supervivencia al límite, no le permiten otra acción más que la de realizar actos de orden primitivo: sobrevivir y proteger lo propio. No solo debe desprenderse de sus pertenencias materiales y de los vínculos afectivos. Los recuerdos, la memoria de lo que fue, la instalan en un ancla emocional para especular y rumiar el devenir de su historia personal.

De esta forma, la imagen del deterioro humano en un mundo inhabitable posibilita este diálogo reflexivo sobre nuestro futuro planetario entre narrativas que trascienden las fronteras, lo que evidencia una preocupación común, que en este caso se presenta desde el mundo de las letras y se enarbola desde el Caribe hasta los confines del hemisferio Sur de la mano de estas escritoras.



Obras citadas

- Danowski, Déborah y Eduardo Viveiros De Castro. *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Caja Negra, 2019.
- Estévez, Melania. "Cuerpos del desastre: mutantes, transformistas y (A)normales". *Caracol*, no. 18, 2019, pp. 85-100.
- Heffes, Gisela. *Políticas de la destrucción/ Poéticas de la preservación. Apuntes para una (eco)crítica del medio ambiente en América latina*. Beatriz Viterbo, 2013.
- Hernández, Rita Indiana. *La mucama de Omicunlé*. Periférica, 2015.
- Piglia, Ricardo. *Crítica y ficción*. Debolsillo, 2014.
- Trías, Fernanda. *Mugre rosa*. Random House. 2021.